



Seis enfermedades del espíritu contemporáneo.

Constantin Noica

Editorial Herder.

Madrid, 2009

ISBN- 978-84-254-2578-3

págs: 211

Introducción*

El “sabio de la montaña”

Por **Vasilica Cotofleac**



Constantin Noica nació el 25 de julio de 1909 en Vitănești, un poblado de apenas cuatro calles, a nueve kilómetros de la pequeña ciudad sureña de Alexandria, en la zona central de la llanura del Danubio. Los orígenes de este asentamiento rumano se pierden en las tinieblas del Neolítico, y en sus alrededores la tierra se extiende siempre plana hacia el horizonte, acostumbrando la mirada a lo abierto.

Grigore Noica era un terrateniente con una buena situación económica y pudo darle a su hijo la mejor educación. Después de cursar estudios en los liceos Dimitrie Cantemir y Spiru Haret, de Bucarest, Constantin Noica se inscribe en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma ciudad, donde tiene como profesor, durante tres años, a Nae Ionescu (1890-1940), una figura prominente en la cultura de la época y de profunda influencia en una generación que hizo historia. Mircea Eliade, Mircea Vulcănescu, Constantin Floru y Emil Cioran fueron sus alumnos. En 1933 comienza a frecuentar los cursos de la

Facultad de Matemática, de la cual, después de un año, se retira. De 1938 a 1939 se especializa en Francia (con una beca del gobierno de este país), y en 1940 obtiene su doctorado en filosofía con la tesis *Esbozo para la historia del Cómo es posible algo nuevo*.

* Reproducimos la Introducción de Vasilica Cotofleac, la traductora del texto de Noica, con la que presenta este trabajo que es primicia en castellano de este importante autor Rumano. A Parte Rei agradece a Vasilica Cotofleac por su amabilidad y a la Editorial Herder y al Instituto Cultural Rumano, que ha subvencionado la edición en castellano de la obra, por permitirnos publicar esta introducción en nuestras páginas.

En 1934, Noica se casa con una joven inglesa, Wendy Muston. No apto para el servicio militar por una nefrectomía que se le había practicado en 1935, durante la guerra cumple un tiempo la función de intérprete en campos de prisioneros. A causa de la reforma agraria de 1945, la familia Noica pierde la mayoría de sus propiedades y posteriormente, por el proceso de colectivización de la agricultura, lo pierde absolutamente todo.

Para darles a su esposa y a sus hijos la oportunidad de vivir en libertad, se divorcia en 1947. Pero sólo en 1955, después de muchas dificultades, Wendy Muston obtiene el permiso para viajar a Londres junto con los dos niños —de 11 y 13 años de edad— Alexandra y Răzvan¹. Noica también pudo haberse establecido en el extranjero. Sin embargo, optó por quedarse y pagar —como le escribía Cioran desde París— por su “pasión capital”: su tierra, a la cual fue “fiel” hasta el final². Desde lejos, el exiliado de Răşinari interpreta la decisión de su viejo amigo:

Pensándolo bien, de todos nosotros tú fuiste el que hizo la mejor elección. Sólo puedes realizarte cerca de tus orígenes. Es lo que has buscado sin cesar, con empeño y claridad. Es cierto que semejante constancia exigió sacrificios, que no debes lamentar ahora si éstos estaban, según parece, inscritos desde el mismo comienzo en tu destino, y si finalmente resultaron fecundos. No sé si en tu caso se trató de presentimiento o de instinto, lo cierto es que comprendiste siempre lo que a mí me pareció durante largo tiempo una extravagancia o incluso una locura: que no es posible ser más que dentro de tu propia etnia³.

Entre 1949 y 1958 las autoridades le obligan a vivir en la ciudad de Câmpulung, donde la tranquila rutina de provincias facilita el trabajo de vigilancia de la policía política. Organizada según el modelo —y con la participación— de los servicios secretos soviéticos, la despiadada *Securitate* tenía la función de eliminar a todos los “enemigos del pueblo”, internos y externos; a todos aquellos que podrían representar, de algún modo, una amenaza para la revolución proletaria. Y como burgués recién desposeído, con antecedentes políticos de extrema derecha, contactos en Occidente y demostrada capacidad de pensamiento independiente, Noica era visto por el nuevo régimen como un “elemento peligroso”. Es la etapa del “extraño interludio”, como la llama él; de la espera intensa bajo sospecha continua cuando, ante la inminencia de la represalia, percibe “cada día en libertad como un regalo” (*Seis enfermedades del espíritu contemporáneo*).

Finalmente, Noica es arrestado en 1958 y condenado, en 1960, a 25 años de trabajos forzados. Más allá de las diversas situaciones aprovechadas para su acusación (viajes secretos a Bucarest, relaciones de amistad con Emil Cioran y Mircea Eliade, intento de publicar un libro sobre Hegel en Francia), los motivos fundamentales de la condena —supuestamente por intento de desestabilización— fueron dos: su origen social (hijo de terrateniente, de *chiabur*) y su afiliación al Movimiento Legionario (como la mayoría de los miembros de la asociación cultural Criterion).

Excarcelado por la amnistía general de 1964, se desempeña en los siguientes años como investigador en el Centro de Lógica de Bucarest. En este período recibe en su pequeño apartamento a unos cuantos jóvenes, ante los cuales interpreta textos de filósofos clásicos y a los cuales impone un duro régimen de trabajo, a la vez que les

¹ Las memorias de Alexandra Noica-Wilson (*Treziți-vă, suntem liberi!* [¡Despierten, somos libres!], Bucarest, Humanitas, 2007) evocan estos años de incertidumbre.

² Carta del 15 de enero de 1975, en Emil Cioran, *Scrisori către cei de-acasă* [Carta a los familiares], Bucarest, Humanitas, 1995, pág. 317.

³ *Ibid.*, carta del 21 de enero de 1970, pág. 310.

exige el estudio de los idiomas griego, latín y alemán. (La experiencia de los seminarios privados la había comenzado de hecho en Câmpulung, y la había continuado, con los límites inherentes a la situación, junto a algunos compañeros de detención.)

En 1975, después de su jubilación, Noica alquila un cuarto en una posada en la localidad de Păltiniș, un lugar para el esquí y el descanso en el espectacular cuadro natural de la Montaña Cindrel. La posada, construida en el estilo sajón de Transilvania, tiene, con su típico tejado de alero amplio, un innegable encanto en medio del paraje, pero la habitación no llega apenas a los ocho metros cuadrados y el filósofo tiene que escribir sobre la cama. No obstante, a partir de 1977 sus discípulos (a veces tres o cuatro, otras veces más de diez) se reúnen con él allí, periódicamente, constituyendo lo que más tarde empezará a llamarse la “Escuela de Păltiniș”: escenario de diálogos (durante largos paseos por el *bărc* —como llaman los aldeanos de esta región a un bosque antiguo— o junto a la chimenea escueta) que dan cuerpo a encendidos y profundos análisis de las obras esenciales de autores como Hegel, Platón o Kant, a apasionados enfrentamientos de ideas.

La escuela de Noica (siempre en el punto de mira de la *Securitate*), a la cual se dirigían cada año jóvenes de todos los rincones del país, no era un simple ejercicio didáctico y de cultura. Según testimonia uno de sus integrantes⁴, era “*Bildung, paideia*, nacimiento del yo, de la individualidad, del pensamiento autónomo que se desligaba del mundo de la disminución personal planificada” por el totalitarismo político; medio de descubrimiento del sentido de la libertad interior, de la posibilidad de salvarse del infierno de la opresión comunista y de sobrevivir a él por medio de la cultura, en el plano del espíritu.

El cuatro de diciembre de 1987, el “último gran metafísico del siglo” emprendió la bajada final. La casa de Păltiniș en la cual vivió sus últimos años ha sido convertida en Casa Memorial Constantin Noica y, más tarde, en Escuela de Filosofía. Su sepultura se encuentra en el pequeño monasterio cercano.

El “devenir dentro en el ser”

Al lado de las enfermedades somáticas y psíquicas, derivadas de los condicionamientos accidentales del hombre, Constantin Noica identifica, en el presente libro, otras seis, de índole constitucional, de orden superior, atribuidas al espíritu. El espíritu también puede estar enfermo, también puede presentar, por analogía con los órganos del cuerpo, deficiencias de funcionamiento, desajustes.

¿Por qué enfermedades “de orden superior”? ¿Por qué “constitucionales”? Y ¿por qué seis y no en otro número? Seguramente éstas son las primeras preguntas que surgen en la mente del lector ante este texto.

Las noopatías en discusión son “constitucionales” y “de orden superior” porque son de naturaleza óptica, porque son el reflejo de carencias del ser. En el contexto de la ontología noicana, el ser no presenta la estabilidad, la plenitud y la homogeneidad de las cuales lo inviste la filosofía, desde los griegos antiguos hasta a la Edad Moderna; el ser está enfermo. Y como se configura a partir de tres términos —lo individual (I), las determinaciones (D) y lo general (G)—, de la armonía de los cuales depende la integridad de cualquier ente, sus precariedades sólo pueden darse en estos niveles y, en el caso del hombre, en dos circunstancias (de falta o de negación de uno de ellos), manifestándose luego en los respectivos 3 x 2 trastornos del espíritu.

Las seis dolencias, que hacen del hombre el ser enfermo del universo — *ellas*, y no otra cosa—, deducidas no desde los subterráneos de la conciencia, como en el

⁴ Gabriel Liiceanu, *Jurnalul de la Păltiniș* [Diario de Păltiniș], Bucarest. Humanitas, 1991, pág. 7.

psicoanálisis, sino “desde arriba”, desde los desequilibrios del ser, son las siguientes: *totetita*, *horetita*, *catholita*, *atodetia*, *ahoretia* y *acatholia*.

En la *totetita*, el sufrimiento es provocado por la necesidad de encontrar un individual para lo general y para las determinaciones de éste. Su símbolo podría ser (indicando los términos estables y el término lábil) DG-I. La *horetita* es causada por la carencia de determinaciones (IG-D); en la *catholita* la penuria se presenta en el nivel de lo general (ID-G); la *atodetia* consiste en el rechazo de lo individual —DG(I)—; la *ahoretia*, en el de las determinaciones —IG(D)—, y la *acatholia* en el de lo general —ID(G).

Sin embargo, todos estos desajustes, que reflejan los modos en que el espíritu reacciona ante los distintos estados del ser, lejos de invalidar al sujeto, como las enfermedades somáticas y psíquicas, le confieren sorprendentes capacidades, funcionan —en él y sólo en él— como estímulos creativos y agentes de crecimiento y realización, que sacan a la luz y fructifican el potencial humano positivo. Las seis enfermedades —o las seis orientaciones del espíritu— son las responsables del impulso hacedor del hombre y —tal vez— del sello de su visión acerca del mundo. No se trata por tanto de curarlas. Toda la “sintomatología” y toda la “nosología” desarrolladas en las páginas del libro no tienen otro fin que el de “*conocerlas* y reconocerse, con las probabilidades de lo humano, en ellas”. Ellas representan, para el espíritu —para este nuevo *vóος ποιητικός*—, seis “fuentes de vida”, “seis grandes tipos de afirmación humana”, en un proceso de doble efecto que el autor llama el “*devenir dentro en el ser*”.

Pero ¿qué es el “*devenir dentro en el ser*”?

Nada en el mundo ofrece la garantía —ni siquiera aparente— de total solidez y plenitud. En virtud de las inestabilidades y desigualdades del ser, de su fragilidad e incompletitud, los fenómenos y los seres revelan una tendencia hacia la instauración, la firmeza, la definición. Hacia la realización en el marco de un ordenamiento por, y junto con, el ajuste de los términos IDG en la constitución propia. El “tripleto ontológico” IDG funciona, así, como un principio general de orden. Todo lo que llega a la existencia busca su cumplimiento por la inclusión y fijación en una jerarquía, por la adaptación a la estructura del Modelo, realizándolo dentro de la estructura propia y realizándose paulatinamente en el plano del ser por medio de este realizar.

Entre el devenir y el ser se perfila un enlace cuya especificidad encuentra su expresión gracias al alcance semántico de estos términos en el idioma rumano. La palabra *ființă* [ser] se origina en el verbo latino *feri* (la forma del infinitivo), cuyos significados, “hacerse”, “producirse”, “suceder”, “acontecer”, apuntan todos hacia la idea de proceso, de despliegue en la duración, de evolución, de devenir. A diferencia de Aristóteles, por ejemplo, que entiende el devenir como mediación entre opuestos, o de Hegel, que lo define como unidad entre el ser y la nada, Noica le da tanto el significado de variación como el de ser. El devenir es, en este autor —y la lengua rumana apoya esta concepción—, *proceso* y *resultado*; es la cadena de mutaciones durante las cuales las realidades, buscando su realización, *devienen*, y cuya instancia final es el ser: es *devenire întru ființă* [devenir *dentro en el ser*].

Ha llegado el momento de detenernos en la preposición *întru*, en cuyas posibilidades filosóficas Noica ha insistido en varios de sus escritos.

No hay manera de encontrarle un equivalente de total y precisa transparencia en otras lenguas; la condensación de significados y la impregnación del lenguaje por la fe cristiana que parece efigiar en su eufonía la hacen intraducible en su integridad. En el idioma rumano, la preposición *în* [en] denota, básicamente, el interior del espacio, —pero también el medio, el estado, la situación— en el/en la cual se halla un particular o se desarrolla una acción: *în casă* [en la casa], *în apă* [en el agua], *în drum* [en el camino], *în durere* [en el dolor], *în greutăți* [en dificultades]. La preposición *întru*, en cambio, más allá de su coincidencia funcional ocasional con *în* (*întru acest ceas* [en

esta hora], *întru această zi* [en este día]), tiene un sentido mucho más matizado, indicando la ubicación espacial *en* por dependencia de/asociación con, tendencia *hacia*, *para* (la dirección, la intención, el propósito), o concentrando todos estos significados. El vocabulario religioso, uno de los más “indiferentes” a las innovaciones léxicas producidas en el transcurso de la historia, es hoy en día casi el único que refleja estas posibilidades de manera natural. La palabra *întru* revela en algunos contextos los significados de “con”, como inclusión/unión (*ci stai întru mine și-mi fii măntuitor* [mas quédate en mí/conmigo y sé mi salvador]), “por” (*și întru ajutorul tău cel puternic rugându-mă* [y por tu ayuda suprema pidiendo]), “para” (*întru pomenire* [para memoria]) o “hacia”, expresando proyección direccional, finalidad (*și să-l poticnească întru întunerice* [y que lo empuje hacia la oscuridad]). Pero también puede reunir todos estos significados: *a trăi întru Dumnezeu* [vivir *întru* Dios] quiere decir vivir en unión con él (llevándolo en el corazón), *por/para* él (sirviéndole, cumpliendo su voluntad) y *hacia* él (como modelo existencial a realizar en el plano mundano —según su enseñanza— y destino supraterráneo). De manera similar a la relación del creyente con la divinidad, la que surge entre el devenir y el ser supone un significado compuesto, disociable —apenas con fines analíticos— en un *dentro/con-por/para/hacia*.

Para traducir *întru* optamos por la versión “dentro” (y no por “en”), en primer lugar, por el origen común de ambas palabras en el latín *intro*. A este aspecto añadimos la capacidad del vocablo “dentro” de sostener, aparte del sentido espacial, la idea de lapso temporal —“dentro de una semana”, “dentro del transcurso de un año”—, que supone, a diferencia de la sugerencia limitativa de *en*, apertura y devenir. También le sumamos la capacidad de fusionar, por analogía, los sentidos de ubicación y desenvolvimiento en la perspectiva de una meta, de un objetivo. Sintagmas como “dentro del proceso” (electoral, terapéutico, de cambios, etcétera), “dentro de la búsqueda”, “dentro del aprendizaje” o “dentro del devenir” (como en la definición nietzscheana del valor en *La voluntad de poder*, según las traducciones en uso), transmiten, creemos, en virtud del carácter integrador del símbolo lingüístico (de la dependencia preponderante de su significado del contexto), conjuntamente con la idea de situación, la de intervalo y evolución con finalidad.

Sin embargo nos hemos decidido por la forma histórica *dentro en* —“*dentro en Burgos*”; “*dentro en Valencia*” (*El Mío Cid*), “*dentro en nuestro seno*” (Fray Luis de León, *Del conocimiento de sí mismo*), “*dentro en mi alma*” (Garcilaso de la Vega, *Soneto XXXI*), “*estando dentro en Él*” (Santa Teresa, *Las moradas*)—, por su vetustez afín al arcaísmo de la preposición rumana, del cual precisamente se deriva parte de su “timbre” inconfundible.

La idea de Noica de “devenire *întru* ființă” encuentra un equivalente castellano en la expresión “devenir *dentro en* el ser”, que recoge casi por completo su significado, así como algo de su resonancia medieval. O de la variante “*devenir dentro del ser*”, para aquellos cuya conciencia lingüística moderna no puede asumir la tonalidad añejada, con su reflejo de lejanías y profundidades en el tiempo.

Lo que llama la atención en la palabra *întru* es el aparente carácter contradictorio de su significación: por una parte sugiere encierro y limitación (“en”, “dentro”), por otra parte sugiere apertura (“para”, “hacia”). Las ventajas instrumentales que puede ofrecer, desde el punto de vista lógico y dialéctico (¿qué habría hecho Hegel con ella?), explican el interés de Noica, que explotó, para su ontología, el sentido de evolución en un horizonte cuya movilidad disuelve la limitación en la ilimitación y transmuta el encierro en apertura —en un tipo de “*dentro en la mar*”, como decía (es verdad que sin intenciones metafóricas) Álvaro Núñez en sus *Naufragios*—, para un devenir “dentro” de un término superior de dependencia y “junto” con él, “hacia”, “para” la realización exigida e impulsada por una insuficiencia en el seno de éste; del ser.

En un fragmento de *Discurso acerca del decir rumano*, Noica resume la fuerza originaria de esta palabra —en el contexto de la función de la lengua del pueblo de referencia al ser y de exploración de éste— para captar una situación que no está al alcance de otras preposiciones, “sutiles y exactas”, de los idiomas modernos:

Por lo tanto: desde el punto de vista del contenido, *întru* encierra en sí las contradicciones fundamentales que surgen en el seno del ser; hay en su movimiento algo de los trámites fundamentales del pensamiento y de sus campos exploradores de horizontes lógicos. Mientras que, desde el punto de vista formal, *întru* representa el círculo, la orientación, la perspectiva de los movimientos, la limitación que no limita. Si no fuera más que una preposición, se podría decir que *întru* es todo un sistema filosófico⁵.

“Si la vida del espíritu tiene un sentido —escribe el autor—, entonces éste consiste en ser *întru*.” Para alcanzar la plenitud, ella debe darse “dentro” y “junto con”, a la vez que desplegarse “hacia” y “para”, en la perspectiva de la apertura. La simple apertura, leemos en *Sentimentul românesc al ființei* [El sentimiento rumano del ser], “modela” al sujeto para el cual se practicó. Lo modela porque propicia el avance, la superación, el cambio. Porque da lugar al surgimiento de las determinaciones que median entre lo individual y lo general y posibilitan la integración del Modelo. Las determinaciones no serían, en este caso, simples adiciones (el vocablo griego πρόσθετος significa “aplicado”, “puesto sobre o junto a”, en la idea de un acto ya finalizado), sino las resultantes de un desarrollo del particular (sujeto, fenómeno), los frutos de un devenir, de un χωπέω que implica apertura. En latín *aperio* [abrir] significa también “hacer accesible”. Y hacer accesible quiere decir “permitir la llegada a”; que es precisamente lo que supone el devenir.

“Al margen”

Probablemente el lector se pregunta, según la costumbre convertida en regla ante un filósofo desconocido, por la “escuela de pensamiento a la que representa Noica” —se entiende, *entre otras* de su espacio de origen y de su época— y por su “contexto”. Pero escuelas —en plural— de filosofía sólo pueden surgir en sociedades que cultivan la diversidad de pensamiento y la libertad de expresión. En el “ordenamiento socialista”, el pensamiento debe ser uniforme, practicado según parámetros obligatorios y en conceptos autorizados por aquella décima parte privilegiada de la sociedad que tiene derechos ilimitados sobre las restantes nueve décimas convertidas en una especie de rebaño sumiso, como en el “paraíso terrenal” ideado por Shigaliiov (Dostoievski, *Los endemoniados*), en el cual la eficiencia de la fórmula integrada “obediencia completa” y “completa falta de individualidad” se perfecciona por el sabotaje de la educación (porque “las mentes excepcionales están de más”). Cuál era el horizonte del estudiante de filosofía durante la dictadura nos lo dice, en pocas pero esclarecedoras palabras basadas en la experiencia personal, Liiceanu:

La bibliografía de los cursos y de los seminarios consistía principalmente en fragmentos de las obras de Marx, Engels y Lenin, llegando a veces hasta las fuentes de éstas, los materialistas franceses, Feuerbach, ocasionalmente Hegel. Los trabajos fundamentales de filosofía estaban depositados en un “fondo especial”, al cual los alumnos sólo tenían acceso con un permiso especial. Durante los cinco años de formación, no podían echarle ni

⁵ *Cuvânt împreună despre rostirea românească*, Bucarest, Eminescu, 1987, pág. 34.

un vistazo a algún escrito de Platón. Un estudiante sorprendido mientras leía un texto de Kant en la residencia universitaria fue expulsado de la facultad. La literatura filosófica secundaria se limitaba a las traducciones existentes de filósofos soviéticos, sobre todo de la revista *Voprosi filozofii* [Problemas de la filosofía]. Las referencias a la “filosofía burguesa”, que abarcaba, indistintamente, a casi todos los filósofos desde Platón a Schelling y a toda la filosofía contemporánea occidental, sólo eran permitidas en una perspectiva crítica y, naturalmente, con base en fuentes indirectas⁶.

Noica no fue —en la etapa comunista— un filósofo surgido, “nutrido” y definido integralmente en medio de su contexto social, sino más bien un filósofo que se mantuvo siempre “al margen” (una alternativa adecuada a su “pasividad activa” confesada en la *Ficha clínica* de *Seis enfermedades...*), y que inscribió su creación, eidética y estilísticamente, en una especie de prolongación extemporánea de la filosofía interbética rumana del siglo pasado.

La cultura rumana, formada —en virtud de la posición geográfica del país— en la confluencia de las dos corrientes políticas y cristianas resultadas de la división del Imperio romano, asumió tanto el legado griego como el latino, sin desprenderse nunca por completo de sus raíces milenarias dacias, paganas. En consecuencia, la filosofía de allí, receptora del pensamiento oriental (básicamente patrístico) por una parte y del occidental (a partir del Humanismo) por la otra, refleja también cierto grado de consonancia con la *Weltanschauung* ancestral del pueblo. Por causas diversas que obstaculizaron su posibilidad (guerras, dominación extranjera, inestabilidad lingüística —la lengua de la iglesia y de la cancillería ha sido, entre los siglos XII y XVII, la eslava—), el camino del pensamiento académico empezó a abrirse bastante tarde. Las primeras escuelas superiores fueron creadas en 1645 (en Moldavia) y 1675 (en Valaquia), y la enseñanza de la filosofía, en ellas, estaba a cargo de una serie de filósofos griegos formados en las universidades de Padua y Roma, entre los cuales se encontraban varios discípulos de Teófilo Coridaleo, retirados, por motivos políticos (el poderío turco sobre los Balcanes), en las tierras del bajo Danubio. Después del intenso “despertar nacional” del siglo XIX, época en la que siguió de cerca el pensamiento occidental y asimiló diversas influencias de éste, la filosofía rumana mostró, en el siglo XX, un discurso seguro y rasgos propios. La etapa comprendida entre las dos guerras mundiales concentró los nombres más valiosos de su historia y una cantidad significativa de trabajos originales, de diversidad temática análoga a la del resto del continente europeo (lógica, ontología, estética, antropología, filosofía de la ciencia, de la cultura, de la religión, de la historia).

En estos años de efervescencia creadora se dio a conocer Constantin Noica. Desapareció del escenario cultural unas dos décadas. Sus libros fueron prohibidos y su nombre olvidado. Cuando reapareció, causó no el impacto ruidoso de los sensacionalismos efímeros, sino la conmoción silenciosa de los espíritus ante una obra que, a la vez que soslaya la tendenciosidad política, revaloriza sensiblemente el potencial expresivo prístino de la lengua del pueblo. Él forma hoy, junto con otros intelectuales del pasado redescubiertos después de la Revolución de 1989 (como Lucian Blaga, Vasile Băncilă, Nae Ionescu, Mircea Eliade, Mircea Vulcănescu o Emil Cioran), una suerte de constelación que señala el camino a retomar desde el punto en el cual ha sido abruptamente cegado, una referencia para las nuevas generaciones, que aprenden la libertad de pensamiento y el sentido auténtico de la cultura.

Creador de una obra de más de 10.000 páginas —que aborda problemas de lógica, ontología, gnoseología, antropología, filosofía de la cultura e historia de la

⁶ G. Liiceanu, *Jurnalul de la Păltiniș*, op. cit., pág. 5.

filosofía—, Noica también enriqueció la enseñanza de la filosofía en su país con traducciones de Aristóteles, San Agustín, Descartes, Kant y Hegel.

Se le otorgó el Premio para los jóvenes autores inéditos (de las Fundaciones Reales) por *Mathesis o las alegrías sencillas*, su primera obra publicada, en 1934, y el Premio Herder (Fundación Alfred Toepfer/Universidad de Viena) en 1988.

En 1990 fue elegido miembro *post mortem* de la Academia Rumana.